

TARDE XXXIX

LA TRAIACION

¿ Qué diremos del malvado,
Del ente vil y cobarde,
Que de amigo haciendo alarde,
Al amigo confiado
Vende en inicuo mercado?
Desalmado y sin pudor
Jamás conoció el honor,
Ni Dios, ni Patria, ni Rey;
Jamás respetó la ley;
Ni aun es hombre el que es traidor.

Reunidos la tarde siguiente, Mr. Delacour continuó así su lectura.

Continúa la historia de Belly.

Compadéceme, hermana, estoy desesperado, dijo Mr. Clarins á madama Herbert apenas se vieron solos. — Pues ¿qué tienes? ¿qué te ha sucedido? interrogó la falsa arpía aparentando ignorarlo todo. — ¡Mi mujer es un monstruo; me engaña... á mí, á ti, á todo el mundo! — ¿Estás en tu juicio? — Sí, demasiado; Enrique no es su primo. — ¿De veras? — No es huérfana, no: he visto á su padre, y es un miserable labrador. — ¿Cómo? — Ella ha abandonado á su padre por vivir con su amante. No lo du-

des, hermana, Enrique es su amante. — Pero de dónde lo has sabido? ¿quién te ha contado novela tan inverosímil? — Dices muy bien : todo esto parece inverosímil, pero es cierto. — ¿Enrique? — No es primo suyo. — ¿Y su padre?... — Te digo que le he visto. — ¿Le has visto? — Sí, y nunca ha tenido mas parientes que á Belly. — ¡ Cosa bien rara ! — ¿Quién te ha dicho á ti que eran parientes? ¿tienes algunas pruebas? — Pruebas no; todo el mundo lo decia... — Porque ellos se lo decian á todo el mundo. — Milady Brnton... — Sí, milady Brnton lo sabe todo en esta parte; pero no está en su castillo. — ¿Pues dónde está? — En Lóndres. — Pues no te aflijas, hermano, que ahora mismo me pondré en camino para Lóndres, porque es mejor que yo me informe, pues tú estás demasadamente agitado. Al punto partiré; pero te aseguro que lo hago solo por complacerte, pues no creo una palabra... — ¿Que nada crees? muy bien; pero yo creo que conoces su letra : mira en estas cartas de qué modo trata á su padre.

La Herbert hizo que leia con ansia las cartas de Belly ; manifestó confusion durante un breve rato, y luego, levantándose rápidamente, dijo : Voy á Lóndres, sí : quiero saber si milady Brnton, que há tanto tiempo conoce á estos jóvenes, me ha engañado. ¡ Sería cosa insufrible ! ¡ Comprometer así el honor de una familia ! ¡ Ah, milady, milady ! ¡ ya lo veremos ! pero por Dios, que nada digas á tu mujer hasta que yo vuelva : es necesaria toda esta reserva hasta que lo hayamos averiguado todo. — Te lo prometo ; mas espero que á tu vuelta me informarás exactamente de cuanto te diga milady Brnton, sin que te contenga el amor que tienes á mi esposa. — No hay duda que la amo entrañablemente ; pero amo mas á mi hermano.

La perversa Herbert enjugaba las lágrimas de su hermano, le consolaba, y aun lloraba con él para hacer la escena mas tierna ; y despues de haber exigido nuevamente la promesa de que nada diria á su esposa hasta su vuelta, partió á Lóndres con intencion de interesar en sus ideas á la envidiosa milady Brnton, que habia jurado odio perpétuo á Belly, porque solo la veia feliz.

¡ Pobre Belly ! ignoraba cuanto se forjaba contra ella y su esposo. Esta esposa tierna y honesta preguntó por su marido, y le dijeron que un terrible dolor de cabeza le detenia en su cuarto. Voló á él, y no le abrieron la puerta. Se inquietó, preguntó á los criados, mas nadie pudo satisfacerla. Para colmo de su pena, este esposo, que no se dejaba ver, se hacia servir en su cuarto algunos

ligeros alimentos, diciendo que no queria ver a nadie, ni aun á su esposa ; ¡ qué orden tan cruel para la sensible Belly ! Esta era la vez primera que la desdeñaba un hombre que hasta entónces le habia dado mil finisimas pruebas de afecto. Preguntó por su cuñada, y le dijeron que acababa de partir ; pero que no se sabia adónde. La pobre Belly suspiraba, y esperaba que le explicasen estos misterios que no podia penetrar.

Hácia el anochecer oyó entrar un coche en el patio ; corrió á la escalera y se encontró con su cuñada, á quien dijo : ¡ Por fin os veo, dulce amiga ! ¿ podréis explicarme?... — Nada, nada, hija mia ; déjame hablar á tu marido. Dicho esto, se dirigió al cuarto de su hermano. Belly quiso seguirla ; pero su cuñada la detuvo, y apretándole la mano le dijo con tono compasivo : ya lo sabrás todo... ¡ pobre muchacha ! ¡ Tienes muy grandes enemigos ! Sin decirle mas subió precipitadamente al cuarto de su hermano y se encerró con él, dejando atónita a Belly, que esperaba en su estancia el fin de tan extraordinarios sucesos.

La Herbert, sola con su hermano, se sentó en un canapé, y él no se atrevia á preguntarle ; pero al fin le dijo : Vaya ¿ qué hay ? Su hermana entónces se levantó, dió algunos paseos por la estancia, y volvió á sentarse, sin articular una palabra, hasta que Clarins cansado, le preguntó de nuevo : ¿ qué dice milady Brnton ? — No sabe mas que nosotros. — ¿ Cómo?... me parece que la oí decir que conoció á los padres de Belly y Enrique. — Sí, conoció al padre de Belly, que efectivamente es un labrador de Forshire. — Muy bien... ¿ y el de Enrique ? — El de Enrique es un hombre, como suele decirse, volandero, que se le presentaron como padre de Enrique ; pero despues ha descubierto la verdad : ¡ terrible verdad !... no son parientes. — ¿ Es posible?... ¿ pues qué son ? — Sosiégate.... ¿ qué se ha de hacer?... Siento infinito verme precisada a agravar tus penas, y perjudicar á una mujer que yo estimaba... pero es preciso decirlo todo. — ¿ Todo ? ¿ conque hay todavía algo que saber ? — Belly y su fingido primo, antes de venir á establecerse en Briste, se vieron precisados á dejar á Lóndres, porque su trato escandaloso era el objeto de la censura general. — ¡ Triste de mí !... ¡ ciega confianza !... — Despues de su matrimonio, Belly... — ¿ Despues de su matrimonio ? — Ha recibido muchas veces... á Enrique... en su cuarto... — ¡ Cielos ! ¿ y de dónde, ó cómo has sabido esta particularidad ? — De tu jardinero, que várias veces ha visto á Enrique saltar por encima de las tapias del jardin, contiguas á la habitacion de tu

mujer, y que tiene sanida á él. — ¡ Dios santo! ¿ y por qué el jardinero no me lo ha avisado? — ¡ Buena pregunta! porque le habian sobornado; y por eso ya no está aquí. Le he hallado en el camino; y para descargo de su conciencia me lo ha confesado todo; asegurándome que jamas volveria á Surrey. — ¡ Es posible!... — No hay remedio; ¡ te han engañado cruelmente!... si yo hubiera sospechado... ciertamente que la última vez que estuve en casa de Enrique... advertí ciertas libertades... pero como los creía parientes... á las gentes sinceras cualquiera las engaña. — ¿ Y qué partido he de tomar? — Solo encuentro uno; pero es menester resolucion. De nada podria servir una tropelia escandalosa: y así conviene que retires á tu mujer hasta el tiempo de su parto á la quinta que has comprado, que dista dos millas de aquí. Tiene una habitacion segura y cómoda; si te parece, yo misma la llevaré á este sitio: cuidaré de que ni Enrique ni nadie la vea; y luego que pariere te separarás de ella para siempre. — ¿ Y he de reconocer un hijo?... — Si no es posible averiguar plenamente el delito ¿ qué has de hacer? déjate gobernar: sé padre, pero deja de ser esposo. — Pero yo quiero verla, confundirla... — ¡ Excelente pensamiento! ¡ muy propio de una imaginacion acalorada! Ella lo negará todo, llorará, se desmayará; tú te enternecerás, y serás víctima de tu debilidad. — Pero es cosa cruel desterrarla sin decirle... — Pues bien: dile cuanto quieras, haz lo que te diere la gana: la culpa tengo yo de meterme en asuntos que casi nada me importan, y de darte consejos que repugnan á mi corazon, como perjudiciales á una mujer á quien yo debia proteger negándote la verdad de todo lo acaecido. ¡ Ciertamente que hago un buen papel! ¡ por compadecer á mi hermano, pierdo á mi amiga!... pero repito que hagas lo que quieras; mas te digo; y es que la perdones, pues puede ser que se enmiende. — ¿ Pero quién ha de perdonar agravios semejantes? No: me atengo á tu primer consejo. Vaya léjos de mí á dar el fruto de un enlace desdichado, y luego siga el rumbo que quisiere. Dispon todo lo necesario, y encárgate de participarle mi resolucion. — No, hermano mio; me es muy sensible afligirla. — ¿ Conque prefieres mi desesperacion y mi deshonor?... — ¡ Pobre Belly!... ¡ en efecto, es muy culpable! — ¡ Y tanto! — Vaya: me resigno á castigar á la esposa, para que se sosiegue el esposo: mañana la llevaré á la quinta de Voor, y me estaré allí todo el tiempo necesario hasta que sea completamente madre. Sabrás diariamente por mí cuanto ocurra, porque te participaré

hasta las cosas mas indiferentes. — Dila que estoy instruido de todo. — Está bien. — Que la detesto tanto como la amaba. — Sin duda. — Y que no me he determinado á separarme de ella, hasta estar plenamente convencido de su perfidia. — ¡ Con pruebas incontestables! — Yo renuncio en ti cuantos derechos me competen sobre la mujer mas vil del universo.

Despues de tal conferencia, que tanto favorecia las ideas de la Herbert, bajó esta á la habitacion de su cuñada, á la cual halló sumergida en la mas horrible inquietud: apénas la vió Belly, le preguntó: ¿ Qué es lo que ocurre, señora? — ¡ Pobre hermana mia! es preciso que te resuelvas á alejarte de tu marido por algun tiempo. — ¡ Oh Dios! ¿ y por qué? — Porque te han indispuerto con él. Algunos enemigos secretos que tienes le han asegurado que Enrique no es primo tuyo. — ¿ Es posible que tan atroz calumnia?... — Los informes que ha hecho tomar en Londres, y particularmente en casa de milady Bronton, no le han asegurado; y quiere tomarse tiempo suficiente para averiguar el misterio de tu nacimiento, como él dice, que tu le has ocultado. — ¿ Pero qué podia interesarle el saber mas de lo que sabe? Le he dicho que mis padres habian muerto siendo yo muy niña: que el respetable párroco de un lugarejo se encargó de mí y de Enrique, que tambien era huérfano como yo, hasta que una gran señora se digno llevarme consigo á Londres.... Pero muchas veces os he referido ciertas particularidades, que le debéis manifestar. — Todo se lo he dicho; pero ha tratado de fábula mi narracion, añadiendo que solo era una invencion tuya para engañarme y engañarle. — Yo puedo probar.... — No quiere pruebas de cuanto he dicho. — ¿ Conque tiene derecho para ultrajarme sin oirme? — Ya te oirá cuando el tiempo le haya tranquilizado, porque ahora le falta poco para volverse loco. En fin, es preciso que te resuelvas á pasar algunos dias en el campo: no te es desconocida la quinta de Woor; allí irás, y yo te haré compañía; porque le he dicho que no te abandonaria á tu desgracia, y que aunque él fuese injusto, yo nunca seria insensible á la amistad.

Abrazó Belly á su infame enemiga, la cual, añadiendo otras mil palabras artificiosas, logró convencer á la inocente jóven para que cediese á sus consejos y se dispusiese al viaje. Así engañaba esta malvada á dos personas, aparentando la amistad mas sencilla. Al dia siguiente, Belly dijo que queria ver á su esposo; pero la aseguraron que habia salido por todo el dia. Deshecha en lágrimas subió al coche casi desmayada entre los brazos de su cu-

ñada, que afectaba profunda tristeza, y cuyos malignos pensamientos estuvo muy á pique de inutilizar un incidente, porque Clarins en realidad no estaba ausente; y no pudiendo resolverse á separarse de su mujer sin verla, se presentó en el momento en que iba á partir el coche. Entónces su mujer exclamó: ¡ Cruel esposo! ¡ hombre bárbaro é injusto! ¿ por qué me castigas? ¿ por qué, á lo ménos, no te dignas escucharme?

Clarins se acercó turbado, y le dijo: ¿ Conocéis á Tomas Benk, á quien debéis la vida? — Sí, señor, le conozco. — ¿ Y á lady Varing? — Fué mi protectora. — ¿ Y reconocéis estas cartas? ¿ son vuestras? — Mias son: todas las dirigí al dignísimo párroco de Forshire. — Basta, señora, quedo enterado; y no me volveréis á ver jamas.

Dicho esto, se retiró Clarins; y la pérfida hermana que, como suele decirse, temblaba de piés á cabeza, mandó al cochero partir al instante. La triste Belly, desesperada con este contratiempo, se quejó á su cuñada por la precipitacion de la marcha, añadiendo: ¡ Ah! él me hubiera explicado... — ¿ Qué? ¿ lo que él mismo ignora? ¿ pues no ves que está como insensato? — ¿ Qué habrá querido decir citándome al anciano labrador Benk, á quien diez años há que no he visto? — Yo no lo sé. — Es verdad que le debo la vida; y aun creo haberos referido, que educada en casa del rector de Forshire, á quien mi tutor y albacea de mi padre pagaba por mí una cuantiosa pension, una noche se incendió la casa en que yo vivia con una aya, y en un instante hizo el fuego tan rápidos progresos, que sin duda hubiera perecido entre las llamas, á no ser por el valor de un labrador que atravesando la multitud de gentes convocadas á apagar el fuego, rompiendo por las llamas, me sacó en sus brazos y me llevó moribunda á su humilde habitacion, donde recobré mis sentidos. Llamábase este labrador Tomas Benk, á quien viviré eternamente agradecida como hasta aquí; pero este hombre, poco acomodado, exigia de mí demasiado. No contento con los regalos que el rector, mi tutor, y yo le habíamos hecho, me escribia sin cesar á Lóndres pidiéndome dinero; yo le contestaba que no lo tenia, y le suplicaba dejase de importunarme; y estas son las cartas que acaba de mostrarme mi esposo: ¿ qué hay en ellas contra mí? ¿ quién se las ha entregado? ¿ se habrá convertido en enemigo mio el importuno Benk, porque no le he podido favorecer en cuanto pedia? ¿ qué misterios son estos, que no puedo concebir? Mi marido me cita á Benk, al rector y á lady Varing; añadiendo que esto bas-

ta; y ¿ qué significa este enigma? Decid, hermana, ¿ no os ha explicado?... — ¿ Á mí? nada: esta es la vez primera que le he oido pronunciar semejantes nombres. Sin duda que todo esto es una calumnia que te han levantado, asegurando á mi hermano que Enrique no es primo tuyo. — ¿ Pero por qué no se informa del rector de Forshire, y del mismo Tomas Benk que nos ha conocido á Enrique y á mi, de muy tierna edad, criarnos en casa del rector? Por otra parte, la pureza de nuestras costumbres se puede atestiguar con todo Lóndres. No, no: aquí hay algun misterio que no alcanzo; y es preciso ser tan desgraciada como soy, para tener enemigos tan viles que persiguen á quien nunca ha tenido mas placer que hacer todo el bien posible á cuantos ha conocido.

Hablando así llegaron las dos damas á la quinta de Woor; y al instante Belly se puso á escribir á su esposo una carta, en la que se obligaba á hacerle ver, cuando quisiera, el vínculo de su parentesco con Enrique. Al mismo tiempo escribió á este; pero temiendo comprometerle con su esposo, y conociendo que de explicarle la verdad podrian resultar fatales consecuencias, únicamente le decia que una indisposicion la precisaba á mudar de aires, y le suplicaba viniese á verla. Quedó la Herbert encargada de la direccion de ambas cartas, y es fácil conocer el abuso que hizo de esta confianza. Entre tanto Enrique, ignorando las desgracias de su prima, disponia un viaje que mucho tiempo ántes habia premeditado. Quería ver las ciudades de la Gran Bretaña, para instruirse y evitar en algun modo el tedio que le inspiraba la soledad. Tenia un criado, llamado Drik, á quien á fuerza de dinero habia ganado la Herbert, á la cual participaba todos los designios de su amo. Ya hacia tres semanas que la pobre Belly habitaba en la quinta de Woor esperando por instantes que viniera su esposo, porque así se lo habia prometido su cuñada, cuando esta supo que Enrique se disponia á viajar; y como tenia preparados sus infernales proyectos, hizo que llegase á las manos del jóven un billete concebido en estos términos

AL AMABLE ENRIQUE.

« Tú eres sensible y generoso; difiere pues por un corto tiempo tu viaje, y espera segundo aviso de la desdichada que padece por ti, y te adora mas que nunca. La precision me obliga á valerme de ajena mano para no comprometer tu seguridad. »
Enrique nada entendió del contenido del billete: ¿ quién era

la desgraciada que padecía por él? á ninguna mujer trataba; su corazon no conocia el poder del amor; ¿ si se le habrá inspirado á alguna desconocida que no quiere todavía declararse? No, no, dijo para sí; esta es una burla que alguno quiere hacerme, por satirizar mi insensibilidad, ó tal vez mi inclinacion á las aventuras extraordinarias y romancescas. Así fué que Enrique sin hacer aprecio del billete, lo dejó sobre una mesa, y entrando en su gabinete se puso á trabajar. Drik, amaestrado por la Herbert, le recogió y le guardó; dirigióse en seguida á casa de Clarins diciéndole que iba á llevar una esquila de su amo; la buscó en los bolsillos, fingió no hallarla, pero dijo á Mr. Clarins que su contenido se reducía á solicitar de él una entrevista. Clarins mirándole enfurecido le despidió encargándole dijese á su amo que aunque nada tenia que hacer con él, podia ir cuando quisiera. El criado afectó un grande aturdimiento al oír estas palabras, dejó caer como por descuido el billete arriba citado y se retiró.

Clarins, poco despues de la marcha de Drik reparó en el papel, lo recogió y lo leyó. Entónces su furor no tuvo límites; dirigióse á Woor, y á no impedirlo su misma hermana, hubiera dado muerte á la desventurada Belly; aun aquella misma no se vió libre de su arrebato, pues la denostó acusándola de poco vigilante; y para que mejor pudiese custodiar su prisionera, la envió por auxiliar un criado que tenia llamado Frenk tan cruel y desalmado como la misma Herbert.

Miéntras Clarins estaba en Woor, y ántes que Drik hubiese regresado á la quinta de Enrique, este impulsado sin duda por la divina Providencia, que nunca olvida á los inocentes perseguidos, se dirigió á Surrey con intencion de despedirse de Belly y su esposo. Llegó á la quinta, y en vez de encontrar en ella aquella animacion que solia alegrarla, advirtió un silencio sepulcral que le heló el corazon; penetró hasta el cuarto de su prima sin encontrar á nadie, y hasta aquella habitacion halló desierta. Pasó mas adelante, y viendo por fin una doncella de Belly, le preguntó con ansia, y esta mujer que era afecta á su inocente ama, y por las conversaciones que habia oido estaba enterada de las infernales tramas de la Herbert, pero que por temor á aquella perversa mujer no lo habia declarado todo á sir Clarins, aprovechó la ocasion que se la presentaba para avisar al jóven de la persecucion que su prima padecía, de la cual era él causa inocente, y de la historia del aldeano que impulsado por madama Herbert habia sido el motor de todo.

Poco tardó Enrique en persuadirse de que todo ello era efecto de una diabólica venganza de la Herbert por haber él desdeñado sus impúdicos amores. En el primer ímpetu de su despecho quiso dirigirse á Woor, confundir á la Herbert y arrancar de su prision á la inocente y virtuosa Belly; pero como esto léjos de justificarla aumentaria las infundadas sospechas del alucinado esposo, resolvió dirigirse al buen párroco de Forshire, y con su ayuda hacer conocer la verdad á Mr. Clarins, el que desengañado de este modo llamaria á su esposa y desterraria á su inicua hermana.

Volvió á montar á caballo, y á vuelta de pocas horas estaba ya en casa del eclesiástico, quien á pesar de su ancianidad tomó los documentos auténticos relativos á la familia de Belly y Enrique que obraban en su poder, y con ellos acompañado de Enrique se presentó al siguiente dia en Jersey. El jóven por prudencia no quiso subir á la quinta de Clarins. Entró en ella solo el pastor, hizo le introdujesen á presencia del afligido esposo de Belly y muy en breve manifestó el objeto de su visita, que no era otro que demostrar la traicion de que era víctima su jóven consorte; y en efecto, presentó papeles extendidos en forma legal, por los cuales se comprobaba que Belly era hija del conde de Ercester, y Enrique del caballero Ercester su hermano, muertos en el destierro por causas políticas.

El párroco refirió tambien el caso de Tomas Benk que habia salvado del fuego á Belly, por cuya accion estaba continuamente molestándola para que le sacase de cuantos compromisos contraia; y en venganza de no hacerlo, mas por falta de medios que de voluntad, se habia prestado á servir de instrumento de los siniestros planes de madama Herbert, segun declaracion judicial del mismo, pues al regresar á su casa habia caido de la caballería y rótose una pierna, de cuyas resultas habia fallecido el dia ántes de llegar Enrique á Forshire, queriendo ántes dejar aquella declaracion para los efectos que pudieran conducir.

Atónito quedó sir Clarins al ver así desvanecida la acusacion de Belly y plenamente justificado que Enrique era su primo; pero los celos no estaban aun completamente disipados. ¿ Qué interes tenia su hermana en engañarle de aquel modo?... ¿ Y las visitas nocturnas del primo de Belly?... ¿ y la desaparicion del jardinero?... Preguntas eran estas á que el cura de Forshire no podia satisfacer; pero viendo que Clarins se hallaba mas deseoso de reconciliacion que de venganza, no dudó en mandar buscar á Enrique, quien llegó un momento despues trayendo asido al jardi-

nero, que habia estado escondido segun le manifestó la fiel doncella de Belly, y habia recibido, como confesó él mismo, una suma crecida por permanecer oculto, aunque no le manifestó el objeto que se proponia. Ya entónces no le quedó á Clarins ninguna duda de la inocencia de su esposa : fácilmente conoció que todo habia sido una diabólica trama de su hermana, y pudo explicarse á sí mismo la mudanza de carácter de aquella pérfida. Debía pues marchar inmediatamente á arrojarse en los brazos de la una y pedirla mil perdones, y arrojar á la otra para siempre de su presencia por no sujetarla al fallo de los tribunales

Ya estaba dispuesto el carruaje para partir todos á Woor, cuando llegó un mensajero con una carta de madama Herbert, que decia :

« Querido hermano : el crimen se ha consumado : Belly ha » dado á luz una niña fruto del mas horrible adulterio... Poco » despues Drik, el ayuda de cámara de Enrique, acompañado » de otros cuatro se han apoderado de la niña diciendo la lleva- » ban á su amo, á quien pertenecia ; no puedo escribir mas. »

La lectura de este billete hizo llegar á su colmo el enojo de Clarins contra su hermana. Enrique, no pudiendo contenerse en su furor y por algunas sospechas que ya tenia contra su criado, queria partir inmediatamente á castigarle como merecia. Por fortuna el anciano eclesiástico calmó los ánimos, y no quiso abandonar á Clarins ni á Enrique, hasta que se hubiesen reunido con Belly y conducidos con aquella prudencia necesaria para que la salud de esta no peligrase.

Entre tanto la Herbert, cuyo plan era irritar el ánimo de Clarins para que en un momento de furor buscase á Enrique y le diese muerte, habia dispuesto con Drik de modo que al pasar con su amo en el carruaje, encontrasen expuesta en el camino la tierra criatura recién nacida, con un papel al lado recomendándosela al mismo Enrique, á fin de que este la recogiese, y encontrándole con ella sir Clarins no pudiese ménos de dar rienda suelta á su furor : de este modo veria la perversa mujer terminados sus proyectos de venganza. Pero cuando ya se veia próxima á recoger el sangriento fruto de diez meses de infernales cavilaciones, se presenta desalentado en Woor uno de los emisarios que tenia en Surrey encargados de darle noticia de cuanto ocurriese, y le dice que el cura de Forshire y Enrique estaban conversando con su hermano, y que habian hallado al jardinero y sacádole de su escondite. Entónces madama Herbert se creyó perdida ; reco-

gió el dinero, alhajas y efectos que poseia, cuyo valor excedia de treinta mil duros, y tomando en sus brazos á la recién nacida, se puso en fuga por caminos desusados y en breves dias logró salvarse en Francia. Frenk, su mas íntimo confidente, se fugó por otro lado, pero Drik y sus cómplices fueron castigados por los tribunales.

Cuando Clarins, Enrique y el párroco llegaron á Woor, encontraron á Belly en un estado deplorable, pues madama Herbert habia tenido la crueldad de decirle que la habian robado su hija, y se hallaba acometida de un síncope, del que fué difícil hacerla volver, y solo por los cuidados mas asiduos y la asistencia de los médicos mas célebres de Lóndres, se logró restituirla la salud : ambos esposos vivieron en adelante con toda la felicidad de que les permitia disfrutar la ausencia de su hija, de cuyo paradero ni del de madama Herbert, por mas diligencias que practicaron, no pudieron tener noticia en muchos años.

Puesta en salvo la perseguidora de esta honrada familia, adquirió algunas propiedades en Francia, bastantes para sostenerse sin opulencia. Dedicóse á la educacion de la niña á quien dió el nombre de su madre, y contenta con tener una inocente á quien mortificar, vivió así por espacio de quine años. Un dia que la jóven Belly estaba sola, se presentó en su casa un anciano, el cual la refirió toda su historia y por ella supo Belly que no era hija de madama Herbert como creia, las crueles persecuciones que habia hecho sufrir á su madre, y la actual residencia de sus padres. Cuando la vieja regresó aun conversaba Belly con el anciano Frenk, su antiguo cómplice, que errante por el mundo habia llegado á aquella poblacion, y quiso dar este desahogo á su conciencia.

Desde entónces juzgó la Herbert que conocida por su sobrina toda la funesta historia y sabiendo quiénes eran sus padres, el dia ménos pensado le sería arrebatada esta víctima ; y para evitarlo buscó un asilo en la ermita de San Leonardo, donde ocurrió lo que saben ya nuestros lectores. Solo resta decir que el jóven Delacour escribió á los padres de Belly, que estos se apresuraron á pasar á Francia donde tuvieron el gusto de abrazar á su hija y bendecir su desposorio, y que vivieron muchos años felices teniendo por fruto de este enlace á la hermosa Enriqueta y sus hermanos.

Posteriormente, prosiguió Delacour, despues de haber fallecido mi querida Belly, el negociante en quien yo habia depositado

todos mis fondos, hizo una qu.ebra fraudulenta, y se fugó llevándose todo lo que me pertenecía, dejándome solo con los vestidos que tenia puestos. ¿Qué habia de hacer hallándome muy anciano, enfermo, arruinado y con cinco hijos de corta edad? Bertier, con quien contraje amistad desde que me establecí en Paris, tuvo la humanidad de recogerme en su casa, donde volví á enfermar. Durante el curso de esta última enfermedad, examinando mis papeles halló mi amigo los que me relacionaban con vos, virtuoso Palemon; y en consecuencia, sin saber yo nada, cometió la indiscrecion de participaros mi situacion. Al momento vinisteis á socorrerme; y ahora feliz y sosegado en el asilo que me habéis concedido, recuerdo mis pasadas desgracias como el marinero se acuerda de una tempestad deshecha de que ha tenido la fortuna de salvarse. No tengo, dulce amigo, otro deseo que el de ver felices á mis hijos, y particularmente á mi Enriqueta, porque los demas al fin son varones y podrán proporcionarse su fortuna si siguen el camino de la virtud. Sí, Enriqueta mia: tú que con tu amor filial has sabido dulcificar mis males desde la muerte de tu madre, eres el principal objeto de mis cuidados. Recibe mi bendicion, y la felicidad señale en adelante todos los instantes de tu vida. Despues de tu padre, no te queda en el mundo sino este amigo generoso, y estos compasivos muchachos que heredan las virtudes del autor de sus dias. Procura ganar y conservar su amistad por todos los medios que una eterna gratitud debe inspirarte. La justa correspondencia que se debe dar á los beneficios es lo que os hace legitimos, pues faltando el agradecimiento no existirian en el mundo la tierna amistad y la dulce beneficencia.

Así acabó su historia Mr. Delacour; los muchachos le dieron mil gracias por lo mucho que los habia entretenido; le hicieron mil promesas de amar siempre á Enriqueta como si fuera hermana suya, y toda la familia se retiró del terrado.

TARDE XL

LOS ESPADACHINES

Ceñir espada es honroso
Y por la patria blandirla;
Pero es mejor no ceñirla;
Si no es con fin decoroso.
Quimerista quisquilloso,
Espadachin insensato,
Que á cada necio arrebato
Á cualquiera osas retar,
Mira no llegues á dar
Con la horma de tu zapato

La lectura del manuscrito causó una profunda impresion en los ánimos de los jóvenes, que acostumbrados hasta entónces á oír hablar de modelos de virtud y probidad, veian un monstruo execrable en la persona de madama Herbert. ¡Qué mujer tan perversa! exclamó Adela; aunque desde la primera escena de la ermita de San Leonardo se presenta de carácter altivo y dominante, no era creíble un conjunto de tan bárbaras atrocidades. — Bien se podría hacer de ellas un drama, dijo Leon. — ¿Y qué hombre de sano juicio, replicó Julio, se ocuparía de una obra tan inútil y perniciosa? La atrocidad del cuadro haria que ningun espectador viese en él su retrato, y serviria quizá para que algunos perversos estudiasen los medios de llevar á cabo sus deseos criminales; porque para esas almas obcecadas en la maldad, de